El pájaro solitario

de José María Rodríguez Méndez

Domingo Miras

El pájaro solitario

de
José María Rodríguez Méndez

Editorial
SGAE-Fundación Autor, 2004

«José María Rodríguez Méndez es un hombre bueno y un autor grande. Cualquiera que haya leído alguna de sus obras lo sabe. Sus personajes, siempre de la calle, heridos de amor, heridos de vida, rezuman la fuerza del humilde, la dignidad del pobre, el orgullo del que conoce, la justicia del que no pide cuentas..., esa gente que hace la Historia, pero de la que la Historia apenas habla. Pero ahí está Rodríguez Méndez para hacerlo. Quizás porque él es como ellos.» Estas palabras de Robert Muro retratan con gran exactitud a los personajes y al autor de *El pájaro solitario*, la obra dramática recientemente publicada por la SGAE en su colección TeatroHomenaje.

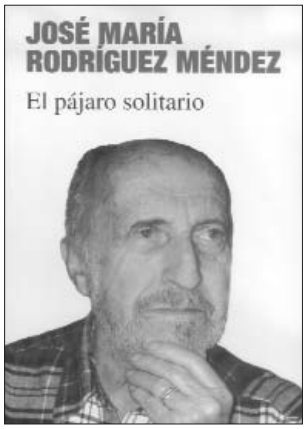
Se trata de un texto teatral que fue galardonado con el *Premio Nacional de Literatura Dramática en 1994.* Con aquel motivo tuve la oportunidad de escribir la correspondiente reseña en *Primer Acto,* lo que ahora me plantea la necesidad de decir algo parecido sin repetirme, lo que no deja de ser un *tour de force.*

¿Qué es *El pájaro solitario?* ¿Un homenaje a San Juan de la Cruz? ¿Un homenaje a la España del XVI? ¿Un homenaje al pueblo? Es todo eso, y es mucho más. Es, ante todo, una grandísima obra de teatro. Una grandísima obra de teatro escrita en 1974, publicada en 1993, reconocida con un *Premio Nacional* en 1994, publicada de nuevo en 2004... que jamás ha sido representada. Hace treinta años que fue escrita, pero jamás ha sido representada. Hace diez años que tiene el *Premio Nacional,* pero jamás ha sido representada. Permítaseme la inocente petulancia de la autocita. En la citada reseña de *Primer Acto,* escribí: «Si este fuese un país normal y la generación realista fuese una generación de dramaturgos normales y no de *«ecce-homos»*, *El pájaro solitario* ya se habría montado dos o tres veces y todo el mundo lo conocería hace tiempo». Desde entonces, repito, han pasado diez años. La misma reseña, terminaba con estas palabras: *«Me temo que, después de su premio, pasarán los días lo mismo que antes, igual de oscuros y lejanos, y él seguirá siendo un pájaro solitario, como siempre ha sido».* Desgraciadamente, esta clase de profecías resultan siempre acertadas.

Decir que Rodríguez Méndez es un entusiasta de nuestra literatura clásica, es decir muy poco. Más que gustar de ella, más que amarla, lo que hace es adorarla con una devoción sin límites. No conforme con «escuchar con los ojos» al escritor de turno, no conforme con mirar el mundo que él miró, quiere sentirlo como él lo sintió y para ello se introduce en el espíritu del lejano autor para sufrir o gozar con él, para compartir con cuanta intensidad le sea posible aquella vida hace siglos extinguida.

En esta ocasión, se ha introducido en el enclenque cuerpecillo del «medio fraile», el tierno y delicuescente, el arrobado cantor de la *Llama de amor viva,* y lo hace en el momento de su tribulación suma, prisionero en el toledano Convento de los Calzados, recibiendo los penitenciales disciplinazos de rigor tras la refacción de sus aprehensores. «Mira que fierro he puesto en esta correa...», le dice uno de ellos a otro, en la primera frase del drama. Ya sabemos a qué atenernos, ahí se resume el actual destino del desmedrado frailecillo, y ya no nos sorprenderá la dureza del Prior, el pan y agua del desdichado, ni la tanda de azotes que recibirá al final de la escena, al son del «Miserere».

Pero, si en esa primera escena San Juan de la Cruz es un ser pasivo, silencioso y doliente que se limita a recibir vejaciones y sufrir crueldades, en el resto de la primera parte es el gran señor de comedia. Ahora toma él la iniciativa frente a su carcelero, el rústico lego al que con sus coplas ofrece una luz que rasga las tinieblas de su cerrada mente. No sin esfuerzo, ciertamente, penetrará la lucecilla en la cerrada oscuridad del lego cerril. Si éste le ha facilitado tinta y



papel para que escriba oraciones, el pícaro fraile lo que escribe son coplas.

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,
ni temeré las fieras
y pasaré los fuertes y fronteras...

¡Igual que Alonsico de Zagueros! También ese era listo...

Por cierto, que eso de no coger las flores, por poco le cuesta un disgusto al bueno de fray Juan, porque el rústico carcelero se pone en plan de sibilino inquisidor y declara como altamente sospechoso el no coger las flores; es más, ¡eso es herejía! Y el no temer las fieras... en fin... El carcelero, que en realidad es un buen hombre que hace lo posible por aliviar la suerte del preso, se duele un poco pensando que lo de las fieras va por él, por más que su protegido procure disuadirle.

¿Es posible pensar en San Juan de la Cruz sin asociarle al punto con Santa Teresa? La Santa de Ávila no podía dejar a su medio fraile en esta tribulación sin acudir a fortificarle con su presencia. ¿Sueño, o aparición? Qué importa. Teatro, y basta. Escena bellísima, con un coloquio sostenido por las alturas, lleno de dulzura y de fuerza. Aquí se recuerdan las cinco condiciones del pájaro solitario, ese pájaro que es el propio fray Juan, y yo me malicio que también en buena parte es el propio José María... Un pájaro que no puede estar preso, porque es la imagen misma de la libertad, una libertad que va a lo más alto, que no sufre compañía, que pone el pico al aire, que no tiene color determinado y que canta suavemente... una libertad indómita y total, que no hace concesiones a ninguna clase de conveniencias ni respetos, la libertad del solitario, la libertad absoluta y plena del que nada tiene que ganar ni nada tiene que perder, la del que nada necesita y nada pide, la del que sabe lo que se le debe, pero no se rebaja a solicitarlo.

Y así la Santa recuerda al Santo quien es, y que sólo tiene una obligación: volar.

El Santo volará, ciertamente, aunque no sin antes emborracharse con su amigo el carcelero con el vino que éste hurtaba a los reverendos padres.

En la interior bodega
de mi amado bebí, y cuando salía
por toda aquesta vega
ya cosa no sabía
y el ganado perdí, que antes traía...

Versos sumamente idóneos para vaciar el frasco con elevación de espíritu y halago de conciencia. Así lo hacen los dos bebedores, llenos de la más dulce satisfacción en el cuerpo y en el alma, y la paz del Señor colma sus corazones.

«Al filo de la media noche agosteña y calurosa», el toledano Zocodover es una eclosión de vida popular. Es la hora de la recogida de los puestos, que hasta bien entrada la noche han estado solicitados por una clientela veraniega y desvelada, y una vez desaparecidos los honestos ciudadanos, quedan como únicos dueños de la plaza nocturna las verduleras y afines, el del aguaducho, el tocador de vihuela, el bravo de turno, los últimos mendigos... gentes que ahora están a sus anchas y pueden solazarse en su propio medio social híbrido de pueblo bajo y hampa, con toda la libertad de léxico y costumbres propia de la germanía que les une y les define.

Rodríguez Méndez se explaya en la pintura escénica de este vibrante trozo de vida, con una sola pincelada retrata magníficos personajes que dialogan con frases rápidas en el lenguaje del hampa, de la picardía, de la delincuencia, que aluden a los azotes (envesar), al tormento (ansia), a las galeras (gurapas, apalear sardinas), garlando (hablando) en el tono chulesco, jactancioso y jovial de las gentes del bronce que no tiene más patrimonio que su propia persona. Espléndido friso popular con figuras de distintos relieves para dar profundidad al conjunto, como el sedicente Alférez Cañamar, *miles gloriosus* de itálicas añoranzas (*¡Ah, el Lácrima Christi, Corpo di Satano!*), la descarada Maldegollada, la Coscolina que crecerá tanto, el simpático Morisco... Y, cómo no, los corchetes de la ronda, bigardos redimidos por el empleo público, intransigentes celadores de su autoridad. ¡Qué conjunto! ¡Qué España suburbial o del subsuelo, contrafigura de la España oficial de la misma época! Recordemos la fecha: 1577. Seis años después de Lepanto, uno antes de la Invencible: el período más breve del mayor optimismo histórico posible. La España de las flámulas y gallarde-

tes que ornamentan los días más dorados de su gloria, es también la España de ese patio de miseria corporal y moral, de picaresca y delincuencia, de gentes sin futuro ni esperanza que procuran engañar con burlas y risas la negrura de su destino.

Entre todos estos alegres sinvergüenzas es donde va a caer el medio muerto frailecillo, después de su peligrosa fuga. El contraste entre el convento de calzados de la primera parte y el Zocodover de la segunda, se confirma con el contraste entre el fray Juan de aquella, locuaz y coplero con su amigo el carcelero, y el ser pasivo de esta, que apenas habla en toda ella, casi moribundo entre desmayo y desmayo. La daifa Coscolina lo sacará de entre los frívolos pobladores de la plaza, y se lo llevará consigo, prácticamente cargada con él, que está casi inconsciente.

Y de nuevo el autor se vale de una situación aparentemente sencilla para volar hacia lo alto. La prostituta cargada con el santo, desfallecida y jadeante por las oscuras callejas toledanas, está recorriendo una vía dolorosa que la hace cada vez más grande, que llega incluso a darle la talla de la poderosa Madre:

> **LA COSCOLINA.** ... Pues si eres hombre, ¿has de dejarte prender como una alimaña? ¿Un hombre no ha de precisar libertad como el pájaro que vuela alto?...
>
> **FRAY JUAN.** Me hablas como me hablaba otra...

Será la Méndez, felizmente encontrada por Coscolina en el último extremo de la angustia, quien ponga desenlace a ese camino de pasión: el asilo de las descalzas para el santo, y las vindicadoras manos de la justicia para la pecadora, convicta de ayudar a un fugitivo. La imagen de esta se vislumbra en la acotación final, como contrapunto de la felicidad del fraile, que recita sus versos a las monjas:

> «En una noche oscura,
> con ansias en amores inflamada,
> oh, dichosa ventura,
> salí sin ser notada
> estando ya mi casa sosegada...».

> «...Tras las palabras de Fray Juan se ve ahora la imagen de la Coscolina vagando por las calles de Toledo, como perdida en busca de algo..., hasta caer en una total y absoluta oscuridad».

Una gran obra de un gran autor. De «un hombre bueno y un autor grande», como dice Muro. Tal vez algún día dispongamos de sus Obras Completas agrupadas para su más cómodo disfrute, y tal vez algún día podamos ver una placa en la casa de la calle de la Ruda en que nació. Y, tal vez también (no creo que sea mucho pedir), ambas cosas pueda verlas el propio Rodríguez Méndez.

El libro editado por la SGAE, además del texto dramático comentado, contiene unos complementos de gran interés. Sendos prólogos de Robert Muro y Paloma Pedrero; una detallada biografía, una exhaustiva cronología y una bibliografía utilísima, todo ello de Michael Thompson; una entrañable serie de fotografías del autor que recorren su vida, acompañadas por comentarios autobiográficos; un amplio análisis crítico de José Monleón, e incluso un glosario de vocablos de germanía para que el lector se aproxime a la balhurria del Zocodover. Todo ello hace de esta edición de *El pájaro solitario* la que a todas luces podemos considerar la más ambiciosa y definitiva de cuantas puedan hacerse. Un libro imprescindible. ■

Hazte socio de la AAT

Si una de tus obras ha sido estrenada, editada o premiada... **Puedes y debes hacerlo**

ASOCIACIÓN DE AUTORES DE TEATRO

Sección autónoma de la Asociación Colegial de Escritores

C/ Benito Gutiérrez 27, 1.º izqda. 28008 Madrid. Telf.: 915 43 02 71. Fax: 915 49 62 92. http://www.aat.es